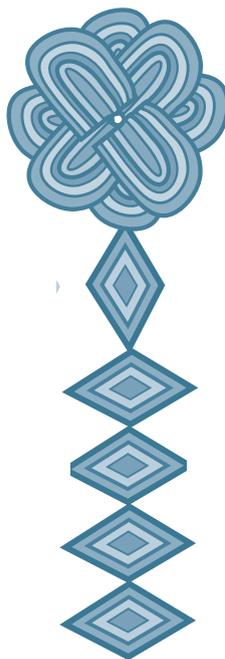
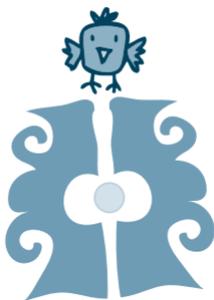


El pueblo rarámuri



VENTANA A MI COMUNIDAD



Esta primera edición fue reproducida en el marco del convenio de colaboración celebrado entre la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas y la Secretaría de Educación Pública para promover el enfoque intercultural y bilingüe en educación.

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.

El pueblo rarámuri

VENTANA A MI COMUNIDAD

EL PUEBLO RARÁMURI Cuadernillo Cultural



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN
PÚBLICA

SEP

COORDINACIÓN GENERAL DE
EDUCACIÓN INTERCULTURAL Y BILINGÜE

Primera edición, 2006

Luz Chapela

Autora

Rodrigo Vargas

Portada, ilustración y diseño de la colección

Raquel Ahuja, Leticia Aréstegui,

Erika Romero y Ernestina Loyo

Coordinación y cuidado editorial

D.R. © 2006 Secretaría de Educación Pública
Coordinación General de Educación
Intercultural y Bilingüe
Insurgentes Sur 1685 piso 10,
Col. Guadalupe Inn, 01020, México, D.F.
Tel. 3003 6000 exts. 24822 y 24834
<http://eib.sep.gob.mx>
correo-e: cgeib@sep.gob.mx

Se autoriza la reproducción parcial o total de esta obra,
sin fines de lucro, siempre y cuando se cite la fuente.

IISBN 970-814-166-6

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Territorio	6
Recursos	9
Historia	17
Poblados	26
Casas	31
Ropa	35
Cosmovisión	37
La muerte	49
Médicos tradicionales	52
La vida de las niñas y los niños	53
Fiestas tradicionales	55

TERRITORIO

El pueblo *rarámuri* vive en el actual estado de Chihuahua, en la porción de la Sierra Madre Occidental que conocemos como Sierra Tarahumara. También hay *rarámuri* en algunas ciudades del norte del país: en los estados de Chihuahua, Baja California, Coahuila, Durango, Sinaloa, Sonora y Tamaulipas.

La Sierra Tarahumara es una región hermosa y llena de grandeza con barrancas profundas, gargantas sonoras, cañones majestuosos y desfiladeros que tienen inmensas paredes rectas de piedra lisa que descienden de manera súbita mil o más de mil metros.

Por eso, la vida *rarámuri* transcurre entre riscos, cuevas, desfiladeros, senderos de piedra, abismos y precipicios profundos que quitan el aliento.

La región Tarahumara forma una especie de espinazo que se alza en la cadena montañosa y mide casi 600 kilómetros de Norte a Sur y unos 250 de Este a Oeste. Tiene alturas que oscilan entre 500 y 3 mil metros y una sola meseta: la de Guachochi, con 30 kilómetros de largo y 15 de ancho.

En el fondo de los cañones corren algunos ríos que, en otros tiempos, dejaron al descubierto filones y vetas de minerales preciosos, especialmente cobre, oro y plata. En la región hay numerosos nacimientos de agua, corrientes chicas y grandes, ríos con rápidos y algunas cascadas, como el sorprendente Salto de Basaseachi que mide 311 metros de altura.

En verano y otoño llega la estación húmeda con grandes aguaceros que caen más fuerte en julio y agosto. En febrero y marzo se instala la estación seca en la que no cae lluvia alguna. En invierno, en las altas montañas, la temperatura puede ser



inferior a menos diez grados centígrados y en verano puede alcanzar hasta 40 grados o más.

La región se divide en dos: la alta tarahumara, con montañas y bosques perennes, y la baja tarahumara, con barrancas y valles templados y también calientes. La vida rarámuri se mueve en estas dos dimensiones.



En lo más alto, hay un famoso lugar que se conoce como El Divisadero. Desde este punto se pueden ver al mismo tiempo las Barrancas del Cobre, de Urique y de Tararecua que ahí confluyen. Lejos, a la distancia, el visitante puede contemplar el pequeño pueblo de San José Pamachi, que embellece el paisaje.

Y todo este territorio, ancho, largo y profundo, es recorrido a pie por los *rarámuri* que lo conocen como la palma de su mano. De este constante caminar por su territorio deriva el nombre de *rarámuri*. *Rará* significa "pie" y *jama* quiere decir "ligero". *Rarámuri* significa "el pueblo de pies veloces, de pies ligeros, el pueblo que corre con ligereza sobre su tierra."



RECURSOS



Flora

Entre los seres de origen vegetal que los rarámuri valoran más están los pinos. Ellos son los compañeros de vida, los que alegran el paisaje, los que atraen a la lluvia con su movimiento. En esta sierra, algunos pinos alcanzan dimensiones inusitadas, alcanzan hasta 18 metros de altura y hasta 6 metros de diámetro. También hay cedros, madroños y encinos.

En las regiones bajas, hay sauces (a lo largo de los ríos), cerezos, algunos árboles frutales y arbustos de manzanilla. Abunda el sotol, un maguey gigante que, en algunos casos, alcanza a tener pencas de un metro y medio de largo. De estas pencas los rarámuri sacan fibras largas y fuertes para hacer tejidos y canastas.





En los cañones se crea un micro clima que permite el crecimiento de plantas tropicales como ceiba, laurel, abundantes árboles frutales, copal, palo de Brasil, higuera mexicana y chilicota, de la que se obtiene una especie de corcho, además de un gran número de plantas medicinales.

Fauna



La fauna en nuestros días ha disminuido de manera alarmante



en la región rarámuri. Entre los mamíferos hay conejos, ardillas, lobos, coyotes, zorros, zorrillos, zarigüeyas, tejones, mapaches

y ratones de campo (de carne muy apreciada). Antiguamente en este territorio también vivían pumas, ocelotes, osos, venados, jabalíes y jaguares.



Entre las aves se pueden ver patos silvestres, faisanes (cada día menos), grullas, garzas, cuervos, tecolotes, pericos, urracas, pájaros carpinteros, martines pescadores, águilas,



gavilanes, palomas, codornices,
guajolotes silvestres y colibríes.



Hay también reptiles, como
serpientes de cascabel, lagartos o
iguanas. Y los peces de río que
más abundan son las
anguilas y los bagres.



Ganado

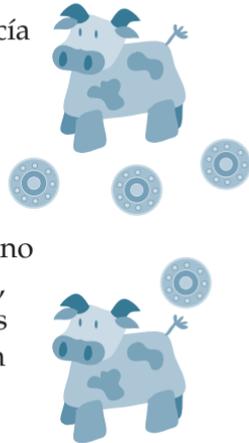
Como pudiste darte cuenta, los rarámuri no tenían ganado antes de que llegaran los españoles a su región. A finales del siglo VII, tanto los soldados como los misioneros llevaron ovejas y cabras y también toros y vacas, que trajeron de España y aprendieron a vivir en las montañas.

Los rarámuri comenzaron a tener sus propias cabezas de ganado cuando los españoles los contrataban para recuperar animales perdidos que se alejaban de los corrales para escapar al monte.

Este servicio de recuperación se pagaba con animales vivos y, de esta manera, comenzaron a formarse los primeros rebaños rarámuri.

Actualmente, el ganado es un signo de poder y motivo de orgullo. Las personas que tienen una o dos vacas y algunos borregos y chivas, son consideradas ricas.

El ganado es valioso como mercancía para el trueque (cambio de una mercancía por otra sin que intervenga el dinero en la operación). También es muy apreciado como productor de fertilizante orgánico. Los rarámuri no dejan suelto al ganado en el monte, lo encierran en corrales o en cuevas para cosechar abono que luego usan en sus plantaciones.



El abono orgánico que produce el ganado, junto con el limo que se acumula en las orillas de los ríos bajos, ha permitido a los rarámuri conquistar las laderas de las montañas como campos de siembra en terrazas que maravillan. Para los rarámuri contemporáneos, las vacas y los toros están relacionados con algunos de sus ritos y celebraciones.



Algunos los consideran intermediarios entre ellos y las divinidades.

Las vacas, emitiendo mugidos y haciendo movimientos que los rarámuri saben distinguir, avisan por ejemplo que va a llegar alguna plaga. Entonces, las comunidades las ahuyentan. La carne de toro o vaca es una de las mejores ofrendas que se pueden hacer a los dioses.



Los niños rarámuri son pastores desde su más tierna infancia. Primero acompañan a sus papás, para aprender el oficio. Luego, se llevan solos al ganado y pueden quedarse lejos de sus casas por días y semanas acompañados por perros que son sus amigos, inteligentes y fieles. Este oficio les exige desarrollar habilidades especiales para orientarse y no perderse y para correr con ligereza tras sus cabras a través de senderos que sólo ellos conocen. Así, pastoreando, tanto las niñas como los niños se entrenan para los juegos de aro y bola a campo traviesa que son tradicionales.

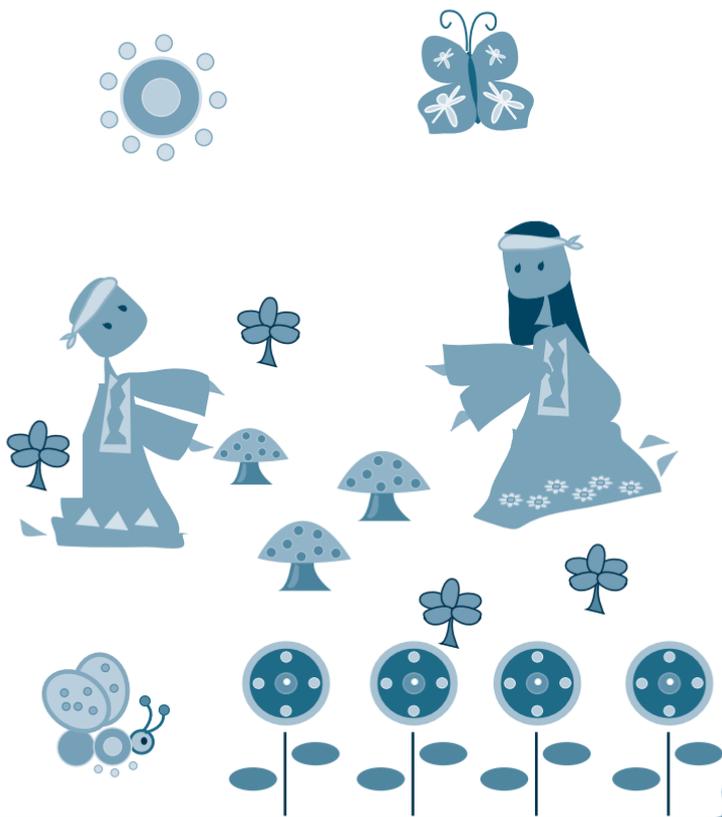
Tienen burros que usan como animales de carga pero que raramente montan. Y los caballos son escasos.





Recolección

Como conocen a la perfección su territorio, los rarámuri son grandes recolectores que consiguen una inmensa variedad de hongos, frutas, raíces, moras, bellotas y nueces.



Caza y pesca



A lo largo de siglos y más siglos, los rarámuri han cazado sin usar armas de fuego, usando únicamente arcos, flechas, lanzas, piedras (arrojadas a mano con gran acierto) y trampas sencillas sumamente eficientes que preparan siguiendo técnicas ancestrales.

Sus principales ventajas son el conocimiento profundo del territorio, la velocidad que alcanzan al correr, su resistencia al cansancio y la pericia con la que saben seguir las huellas de los animales que persiguen.

Son capaces de cazar ardillas correteándolas por el bosque para atraparlas con la mano y hace unos años cuando todavía había venados, los perseguían durante días hasta agotarlos. Los venados se cansaban antes que ellos. Así de grande es la resistencia rarámuri.



Como son buenos buceadores, para pescar se lanzan al río en las pozas y atrapan a los peces con la mano. En las aguas poco profundas construyen presas con piedras y cañas, con las





que forman una especie de corral en donde se meten los peces sin saber que están entrando en una trampa. En la noche, llegan los pescadores con antorchas que deslumbran a los peces. Así, encerrados y deslumbrados, los peces resultan presa fácil. También tienen otra estrategia, usan una sustancia que obtienen de la planta llamada *tcábali*, que ponen en el agua para adormecer a los peces.



Estas nobles e inteligentes técnicas de pesca y caza están relacionadas con un principio rarámuri: los animales son regalo de Dios para saciar el hambre de las personas, pero sólo se debe atrapar lo que se va a comer y nada más.

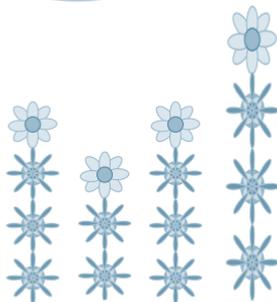
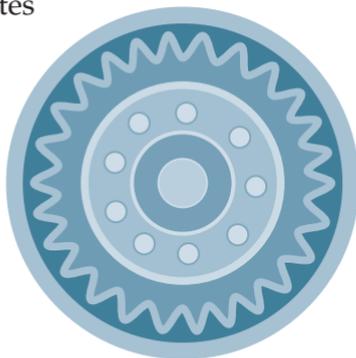


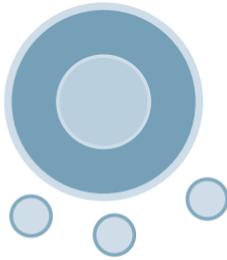
Siempre que los rarámuri atrapan peces, hacen primero una ofrenda a *Walula*, la serpiente dueña de los ríos. *Walula* es terrible, es peligrosa y hay que tenerla contenta. Por eso, por precaución, ni acampan ni construyen sus casas cerca de los ríos.

HISTORIA

Por distintas razones, la historia del pueblo rarámuri contemporáneo está íntimamente ligada a la historia de la Colonia y al establecimiento de la nación mexicana.

Los indígenas guazapares, chínipas, pimas, témori, wuarijíos o tarahumaras que antes del siglo xvi habitaban la Sierra Tarahumara, viviendo de acuerdo con sus culturas ancestrales, vieron interrumpidas sus tradiciones con la llegada de los primeros españoles que les impusieron otras maneras de trabajar, de formar sus comunidades o de pensar en la naturaleza.





En el siglo ^{xvi} empezaron los descubrimientos de valiosos yacimientos de cobre, oro y plata en las regiones altas de la Sierra Tarahumara. Estos descubrimientos trajeron como consecuencia el establecimiento de minas

de extracción que necesitaron el trabajo de muchos cientos de indígenas, que no necesariamente acudían de manera voluntaria a las minas. Algunos eran traídos a la fuerza gracias al uso de las armas de fuego que los indígenas no conocían y que los impresionaban.

Por otra parte, a partir del siglo ^{xvii}, llegaron los primeros misioneros jesuitas que eran auténticos soldados con experiencia y capacidad de conquistar y organizar comunidades completas, así como de enseñar artes y oficios. Usando la mano de obra de estas comunidades, los jesuitas construyeron grandes misiones. Algunas veces de manera voluntaria y otras por la fuerza,



atrajeron a muchos cientos de indígenas que se establecieron alrededor de estas misiones.

Por aquellos años también se establecieron grandes plantaciones con cultivos nuevos como chícharo, papa, garbanzo, trigo, manzana, durazno o ciruela. Estas plantaciones eran regidas por españoles que también ocupaban mano de obra indígena. Algunas veces se establecieron empresas comunales en las que los indígenas compartían los productos de la tierra a cambio de jornadas de trabajo.



Todo era novedad para los indígenas, la forma de construir las casas de los españoles y de organizarlas alrededor de la iglesia, las plantas y animales que desconocían, el uso del arado, o el trabajo minero que realizaban bajo tierra con gran temor del inframundo. Pero hubo una novedad más fuerte que las otras: el uso privado de la tierra, la apropiación de la tierra por personas individuales. Si para los rarámuri la tierra es un préstamo de los dioses, algo sagrado, algo gratuito y generoso, ¿cómo podría alguien declararse dueño de ella?





Los indígenas anteriores al siglo xvi vivían dispersos, formando pequeñas comunidades, con sus propias diferencias, en armonía con sus antepasados, al abrigo del Padre Sol y con la compañía cariñosa de la Madre Luna, recolectando, pescando, cazando y sembrando maíz, moviéndose de manera libre y soberana por los montes. Todo cambió con la llegada de los españoles.

A pesar de que todos los indígenas que habitaban la Sierra Tarahumara pertenecían al mismo grupo yuto-azteca, cada pueblo tenía su propia lengua y rasgos culturales que lo hacían diferente. Sin embargo, los españoles de la época colonial decidieron llamarlos a todos *tarahumaras*, a pesar de sus diferencias.

El origen de este nombre no está claro, muchos piensan que es una variante de la palabra *rarámuri*, nombre con el que se llamaban a sí mismas algunas comunidades indígenas de la sierra. Lo cierto es que *rarámuri* es el término que usan ahora los tarahumaras



contemporáneos para auto nombrarse. Rarámuri, como recordamos, quiere decir pie ligero. El pueblo rarámuri es el pueblo que camina con pies veloces sobre la tierra.



En el año de 1767 y por orden del rey de España, los jesuitas fueron expulsados de la Nueva España. En su lugar llegaron franciscanos, agustinos, mercedarios y dominicos que conocían poco las costumbres y la historia de la región y que, por lo mismo, tenían menos fuerza. Esto, y el decaimiento de algunas minas, hizo que disminuyera el control español sobre los rarámuri.



Por esas épocas, hubo una importante historia de

insurrecciones indígenas, muy cruentas, en donde se liberaron muchas personas que trabajaban en minas y plantaciones. Teporaca es un famoso jefe rarámuri, líder victorioso en muchas batallas importantes. Algunos de los liberados gracias a estas batallas se refugiaron en lo más alto de la sierra para que nadie los capturara de nuevo. Otros se asimilaron a las poblaciones mestizas que surgían en el nuevo país que se estaba formando.





En esta época,
los rarámuri y otros
grupos indígenas



destruyeron y quemaron más
de 20 misiones de la región y en los
combates sostenidos sufrieron muchas muertes.



Por esos años también se desataron
distintas enfermedades epidémicas
que disminuyeron de manera notable
la población indígena de la época.



Para agravar la situación, en

los primeros años del siglo
XIX, los asentamientos de la
región sufrieron feroces



ataques de poblaciones
apaches que llegaban desde el Norte
a robar ganado y que dejaban una gran
desolación a su paso.

Después de la Independencia y de la formación
de la nación mexicana, durante la Reforma
Agraria, muchos grupos rarámuri fueron dotados
con tierras comunales, algunas de gran riqueza
por estar localizadas en
bosques con abundantes
recursos maderables.

A partir de organizaciones
cooperativas y empresas



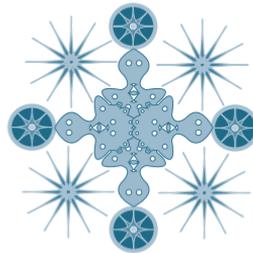
comunitarias, algunos grupos rarámuri aprendieron a administrar y comercializar la madera de sus



bosques. Sin embargo muchos otros grupos recibieron tierras en laderas inclinadas o con suelos delgados, no aptos para la producción agraria, o no recibieron tierra alguna.



Actualmente, los rarámuri han aprendido a vivir con las poblaciones mestizas tomando de ellas algunas cosas y, al mismo tiempo, conservando sus creencias y costumbres tradicionales, así como su lengua. Ellos mismos se clasifican en dos categorías: los *pagótame*, que adoptaron la religión católica y viven alrededor de las iglesias formando comunidades relativamente grandes; y los *gentiles*, que conservan su religión y viven en ranchos dispersos, como vivían antes de la llegada de los españoles.



Actualmente, el pueblo rarámuri, en su conjunto, es considerado como uno de los pueblos indígenas del continente americano que más ha conservado sus rasgos culturales originales.

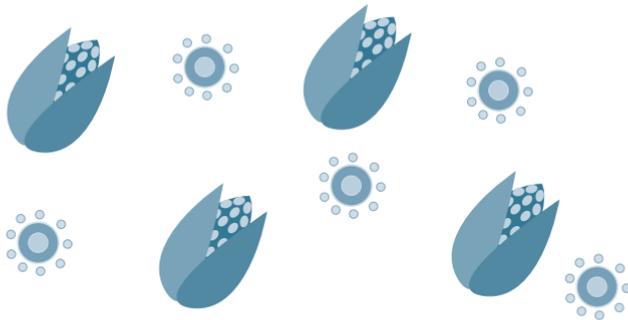


Como una acción intercultural, en 1938 se abrió en Guachochi la Escuela Normal para Maestros Indígenas, para que fueran los mismos rarámuri quienes se encargaran de ofrecer la educación primaria a sus hijas e hijos y para que, en la escuela, se incorporaran conceptos y elementos de la cultura rarámuri. De esta manera, los estudiantes de primaria lograrían construir los mismos conocimientos que construyen todas las niñas y los niños de México y, además, lograrían conocer a fondo su lengua materna y la cultura que heredaron de sus antepasados.



Entre las cosas que tomaron los rarámuri contemporáneos de los españoles están: los toros y las vacas, las cabras y chivas, las ovejas, el abono animal, el trigo, la papa, el garbanzo, el chícharo, la manzana, el durazno, la ciruela, el arado, la pala de hierro, los sistemas de riego, las blusas blancas de algodón y mangas anchas, el tambor, el violín o la guitarra.

Algo nuevo que también descubrieron durante la Colonia es la tortilla. Porque, según indican los investigadores, los rarámuri tenían maíz desde épocas ancestrales pero lo comían en forma de pinole, tostando sobre un comal los granos y moliéndolos hasta formar un polvo nutritivo que podían llevar con ellos en sus largas caminatas. La evidencia parece decir que, procedentes de otros pueblos indígenas originarios, durante la Colonia llegaron las tortillas a la sierra Tarahumara.

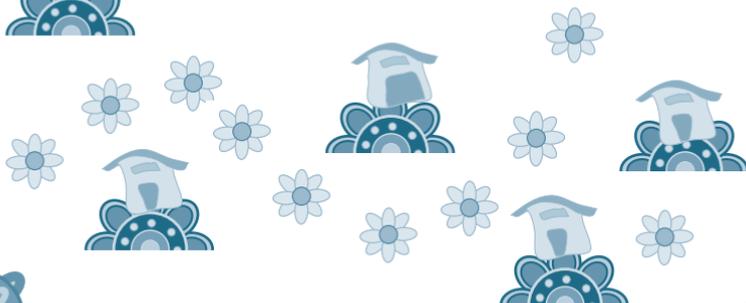


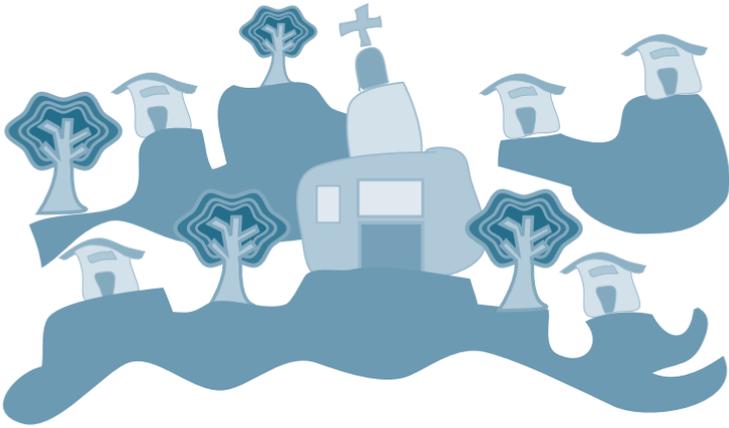
POBLADOS



Muchas familias rarámuri contemporáneas tienen dos residencias: una en la parte alta de las montañas, en donde pasan el verano con frescura, y otra en las barrancas y cañadas en donde se refugian del frío invernal.

El asentamiento rarámuri tradicional es el rancho, formado por un grupo de familias que viven relativamente cerca unas de otras. Casi siempre un rancho está formado por cinco o seis familias pero puede haber grupos de 15 o 20. Los ranchos están dispersos por el territorio, alejados unos de otros.





Un conjunto de dos a cinco ranchos forma un pueblo. Es común que cada pueblo tenga una iglesia católica que le sirve de centro, sin embargo, no todos los pueblos la tienen.

Las casas, los ranchos y los pueblos están unidos unos a otros a través de estrechos y misteriosos senderos que serpentean por cumbres, laderas y planicies, comunicándolo todo. Porque, a pesar de las distancias que los separan, los pueblos se comunican entre sí con frecuencia. Es famosa la marcha llamada *mapawika mabá* que, literalmente, significa “todos vamos”. En esta marcha los rarámuri de un mismo pueblo peregrinan de casa en casa durante días para visitarse.





Además de las poblaciones dispersas, hay otras comunidades que, como dijimos antes, forman asentamientos grandes, agrupados alrededor de una iglesia católica. El atrio de la iglesia es su centro de reunión y el sitio en el que se realizan las fiestas tradicionales.

Como decíamos en el primer capítulo, también hay rarámuri que viven en algunas ciudades del norte del país en las que han conseguido empleos remunerados o en las que encuentran mercados para sus productos artesanales.

Además de las veredas, los pueblos *rarámuri* se comunican entre ellos a través de una famosa radiodifusora indígena, la XETAR, que transmite en rarámuri y también en otras lenguas de la sierra: *wuarijío*, *ódami* (tepehuano) y *ö aba* (pima). A través de este medio de comunicación, además de escuchar la música que les gusta y sus narraciones tradicionales, las comunidades reciben información, emiten noticias



y se mandan mensajes de rancho a rancho, de pueblo a pueblo, para mantenerse en contacto.

El *kórima* es una de las tradiciones que más ayuda a los rarámuri a mantenerse unidos y vinculados. Ésta es una especie de ley ancestral que pide a todas las personas rarámuri que se ayuden unas a otras. El *kórima* manda que las casas de los recién casados se construyan entre todos, que los caminos se abran entre todos, que los campos se siembren entre todos, que las cosechas se recojan entre todos, que entre todos vayan a buscar al médico cuando alguien se enferma o que entre todos organicen la despedida de un muerto.



La vida rarámuri no puede comprenderse sin el *kórima*. Es tan fuerte esta ley, bien amada por todos, que las personas que pierden a sus esposas y esposos y se quedan indefensos, los niños y niñas que pierden a sus padres o los ancianos que se quedan sin hijos, saben que no deben temer por su seguridad o su sustento, gracias al *kórima* los vecinos o los miembros de los ranchos más

cercanos cuidarán de ellos como si fueran parte de sus propias familias.

Siempre que se trabaja en conjunto siguiendo las leyes del kórima, la persona que recibe el trabajo de otros les recompensa con comida y bebida por lo que estas labores comunitarias terminan siempre con música, charlas abundantes y fiestas alegres.

Otra importante manera de mantenerse en comunicación permanente es a través de las fiestas (que vamos a ver en el otro capítulo).



CASAS

Cada casa *rarámuri* es distinta porque cada una se adapta al entorno natural en el que se encuentra. Hablando de manera general hay cuatro tipos de casas:

- ☀ Las que están hechas con paredes de piedra y techos de madera acanalada.
- ☀ Las que están hechas con muros de tronco y techos de madera.
- ☀ Las que están hechas con muros de adobe y techos de paja o madera.
- ☀ Las que se organizan dentro de cuevas a las que se les acondicionan escapes para el humo y, en ocasiones, puertas de madera y tapias externas para proteger del viento la casa y los corrales del ganado (estas casas son ideales para resguardarse del frío en invierno).





En todas estas casas hay una sola habitación en la que se encuentran la cocina, el dormitorio y el centro de conversación que, generalmente, se organiza alrededor de un fuego (los rarámuri saben prender fuego a la manera ancestral, con pedernal).

Las casas tienen un espacio exterior que no puede faltar, un patio circular indispensable para los bailes. Porque las familias rarámuri, además de las grandes fiestas del pueblo al que pertenecen, tienen fiestas íntimas a las que acuden los vecinos más cercanos y algunos familiares.

Los médicos tradicionales tienen distintos recursos para la curación. Tres de los más importantes son el uso de hierbas medicinales, la adivinación, durante el sueño, de las causas de las enfermedades y, por supuesto, el baile que celebran en el patio de la casa misma de los enfermos.



También las fiestas con las que se despide a los que acaban de morir o con las que se conmemoran

los aniversarios de muerte, se celebran en los patios de las casas familiares.

El criterio para construir las casas no es la cercanía de un camino. Los rarámuri construyen sus casas cerca de los campos de siembra y de los corrales, aunque no tengan una camino cerca, con los senderos les basta.

Los cercos para el ganado son móviles pues, como dijimos antes, los rarámuri suelen tener dos casas, una para el invierno en las alturas y otra para el verano, en las regiones bajas, y cuando se mueven de un sitio a otro viajan con su ganado.



Es común encontrar cerca de las casas un granero elevado (*coscomate*) en el que se conserva seco el maíz de la cosecha, para ser usado poco a poco, a lo largo del año. Cuando las cuevas en las que se acondicionan las casas son grandes, el almacén de maíz se construye dentro.



 Durante el día las familias invierten tiempo en las tareas de siembra y cuidado de los campos de cosecha, en el pastoreo del ganado, en la pesca y





la caza, y en la fabricación manual de productos como mantas de lana, ropa, herramientas de trabajo, violines, tambores, sonajas, arcos, aros y bolas de madera para el juego de carrera a campo traviesa, bateas, cucharas, ollas, cestas o bordados. Además de destinar estos productos al consumo familiar, los rarámuri también los cambian por otros. Usan un ancestral sistema de trueque en el que no interviene el dinero. Las cosas que se necesitan se obtienen intercambiándolas por cosas propias que al otro pueden interesarle.





ROPA



Los hombres, cuando visten a la manera antigua, usan calzón corto de manta blanca (*wisiburka*) con un pico de tela que descende en la parte trasera. Se ajustan este calzón a la cintura con hermosas fajas bordadas, de colores atractivos, que ellos mismos fabrican en telares domésticos. Usan camisas blancas con mangas muy amplias y llenas de pliegues que también presentan bordados en las orillas.

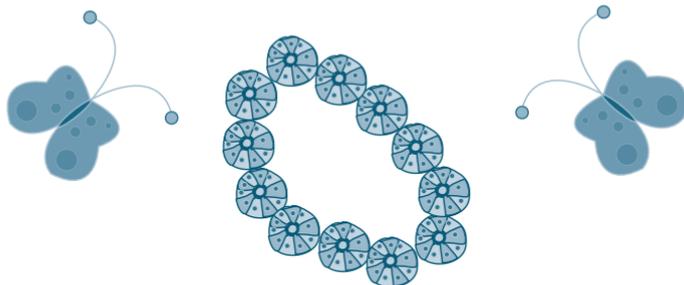
Se sujetan el cabello con una banda blanca (*koyera*) elaborada con tela blanca o de colores. Usan huaraches ligeros (*aká*) hechos con llantas de carro que se sujetan en el pie con unas delgadas tiras de cuero. Se cubren del frío con cobijas de lana. También portan una bolsa de piel que usan para transportar sus pertenencias y, de manera especial, el tabaco del que nunca se separan.



Las mujeres usan entre una y cinco faldas (*sipúchaka*) de algodón, de colores brillantes. Si hace frío, usan más faldas, si hace calor, usan menos. Así se mantienen a una temperatura agradable. En las fiestas, usan hasta siete faldas, como signo de elegancia. Su blusa (*mapáchaka*) es parecida a la de los hombres, amplia, con magas anchas y con muchos pliegues. Sus huaraches se parecen a los de los hombres, pero tienen tiras decoradas.



Para cargar a los bebés, la leña o las mercancías usan rebozos. Para cubrirse del frío, usan cobijas de lana, como los hombres. Llevan numerosos collares hechos con semillas y cuentas de abalorio (vidrio).



COSMOVISIÓN

La naturaleza



En la cultura rarámuri el mundo es inmenso, rico, abundante, generoso y complejo. Todos: personas, plantas, animales, astros, vientos, lluvias, cuevas y montañas, tienen la misma importancia en este mundo que está formado por todas y por todos.

Las personas fueron sembradas en la tierra por los antepasados (*anayáwari*), nacieron del suelo, como nacen las plantas. Ellos, los *anayáwari*, desperdigaron a las personas por todas partes, como si se tratara de granos de mostaza. Por eso, el pueblo rarámuri gusta de vivir disperso, acá y allá, en las montañas, valles y cañadas, con mucha libertad de pensamiento, con mucha libertad de movimiento, con horizontes largos.





El espíritu de los antepasados está vivo en la tierra, en el suelo que todas y todos pisamos. Caminar es estar en contacto con los ancestros. Los rarámuri caminan como pocos pueblos en la Tierra y también bailan, para que la tierra se afirme y dure muchos años.

Los dioses, como todas las otras criaturas del mundo, viven en la naturaleza. Viven en el viento, los peñascos, los ríos, los árboles y las estrellas. También viven a través de los siglos y siglos, viven en el espíritu del tiempo. Y son seres comunitarios, seres sociales, seres de todas y de todos que responden al horror y a la belleza, a la muerte y a los misterios de la vida.



El origen de la tierra



Antes, en el origen de los tiempos, había sólo una tierrita chiquita en la que vivían dos personas. El espacio era diminuto. Entonces, por orden de los antepasados, estas dos

personas comenzaron a bailar pisando fuerte sobre el suelo. Con su baile, la tierra se afirmó y empezó a crecer hasta formar las inmensas montañas de la sierra.

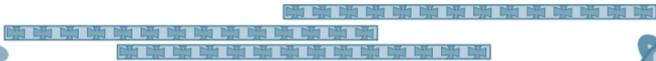
La danza es importante porque permite que la tierra siga viva, siga hermosa y conserve su tamaño fructífero e inmenso. También porque es una manera de llamar a la lluvia, para que caiga sobre la tierra.



El diluvio



En tiempos remotos hubo un diluvio que inundó la tierra entera. En esa época hirvieron las aguas. Pero los ancestros avisaron a las niñas y a los niños que debían subir de prisa a las montañas más altas para salvarse. Ellos obedecieron de inmediato y se salvaron.



Luego crecieron y se unieron y tuvieron hijas
e hijos que poblaron nuevamente la Tierra.

Por eso las cumbres de las montañas son
queridas y respetadas, porque salvaron al pueblo
rarámuri del exterminio. Allá arriba meditan los
gobernantes y los médicos tradicionales, en busca
de sabiduría.

Como dijimos antes, la danza, además de afirmar
la tierra, atrae la lluvia necesaria para las cosechas
y para la vida de personas y animales. La danza
también sirve para poner un límite a las aguas.
Al danzar, los rarámuri mantienen a raya al
diluvio y, así, evitan otra inundación en la Tierra.

Otra manera de atraer a la lluvia es correr por
las montañas lanzando con un gancho de madera
la *ariveta* o aventando con el pie una bola de
madera. De estos dos juegos de invocación
hablaremos en otro capítulo.



Las deidades



Las principales deidades son el Sol y la Luna, que son dioses complementarios. Los rarámuri tienen una especial veneración por el Sol, al que llaman con cariño *Onorúame* (nuestro Padre) y, a la Luna, la llaman Madre.



Con el paso del tiempo y el contacto entre la religión rarámuri y la cultura occidental, al Padre Sol se le ha identificado con el Dios Padre de los católicos y a la Madre Luna con la Virgen María, a quienes se ofrecen celebraciones conjuntas en fiestas que, de manera admirable, unen con armonía los significados de ambas religiones.



Con su música y bailes tradicionales, los rarámuri entran en contacto con el Sol para recordarle, amorosamente, que no lo olvidan y nunca lo van a olvidar, que piensan en él y lo respetan.



Los rarámuri también tienen la figura del diablo, al que temen por sobre todas las cosas. El diablo pasa la vida tratando de sobrepasar sus límites y de entrar al cielo. Las personas tienen el compromiso de impedirlo y, para esto, hacen bailes y representaciones en las que, físicamente a través de personajes disfrazados de diablos, arrojan al demonio fuera de las iglesias y fuera de las comunidades.

Pero siempre está el Padre Sol para protegerlos. Toda la naturaleza lo venera. El pájaro carpintero hace su nido en la parte de los árboles que más sol recibe, las flores del campo giran sus rostros acompañando al sol en su camino, las abejas toman el néctar de las flores mirando al astro. Porque el Sol guía al mundo. Por eso, cuando los responsables de las ceremonias hacen sus ofrendas a los cuatro puntos cardinales, empiezan siempre por el Oriente.

De acuerdo con la cosmovisión igualitaria de los rarámuri, nadie debe arrodillarse ante nadie porque todos somos iguales, todos somos hermanos, hijos del Padre Sol y de la Madre Luna. Los únicos que se

arrodillan son los médicos tradicionales que trabajan con los enfermos tendidos sobre el suelo y tienen que asumir esta posición para acercarse al enfermo. Y nadie más.



Los eclipses son muy temidos. Todos extrañan al Sol cuando desaparece en medio del día. Los toros bufan, los gallos cantan, los lobos y los coyotes aúllan y los pinos, intermediarios entre los dioses y los hombres, agitan con desesperación sus ramas.



Almas y espíritus

Las personas, las plantas y los animales tienen almas (*arewá*) que les dan fuerza y vida. Las almas residen en el corazón. Sin alma nadie puede vivir. Algunas veces, las almas se escapan durante los sueños y, en ocasiones, se pierden. Los médicos tradicionales conocen bailes, oraciones y ceremonias para que las personas recuperen sus almas. Cuando esta recuperación no resulta posible, las personas mueren.

Las plantas y los animales tienen dos almas, los hombres tienen tres y las mujeres tienen cuatro almas porque necesitan más fuerza ya que son las encargadas de dar la vida.



Hay una excepción a esta regla, las serpientes no tienen alma. Ellas están ligadas al inframundo y a los hechiceros, por eso son muy temidas.

Cuando las personas duermen, antes de irse a su nuevo mundo, sus almas salen a vagabundear por las cercanías. En sus paseos las almas cuidan las milpas, avisan cuando un coyote anda rondando al ganado, acarrear leña, bailan, cantan, tocan el violín y beben tesgüino. Pero hay que tener cuidado, si las almas de las personas que duermen se descuidan, pueden ser robadas.

En las pozas y en los remolinos de los ríos hay espíritus que se apoderan de las personas que nadan cuando están descuidadas. El que nada tiene que permanecer siempre alerta.



Iaka, el viento, tiene forma de persona y puede ser benigno

o maligno. Pero los remolinos de viento, los *dipibili*, esos siempre son peligrosos y pueden causar la muerte.

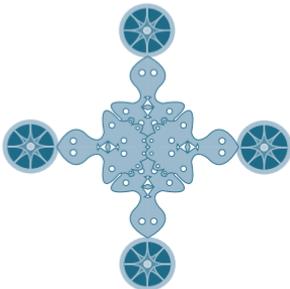


El arco iris es un signo de mal augurio, representa a unos peligrosos seres del mal que viven bajo la tierra.



* * * * La cruz

En las alturas, entre los cerros, existen pasos estrechos que los rarámuri conocen como “puertos” porque son puntos en los que los caminantes beben, comen y descansan. En estos puertos de montaña hay cruces a las que los viajeros ofrecen alimentos y bebida y también ofrecen piedras que colocan al pie de las cruces para afirmarlas, para darles fuerza, para que



permanezcan en su sitio como signo de vida, de protección y esperanza.

Debido a que significan vida y esperanza, también en las milpas y campos de cultivo hay cruces, con sus bases firmemente afianzadas por cúmulos de piedras.

Hay investigadores que dicen que la cruz ya existía entre los rarámuri antes de la llegada de la cruz católica. Según indican algunas investigaciones, la cruz rarámuri significa la naturaleza humana, representa a la mujer y al hombre con los brazos abiertos que abrazan a la naturaleza mientras tienen los pies firmes en la tierra. En los patios de baile, en las casas familiares y en los atrios ceremoniales de las iglesias hay siempre una cruz que se levanta en el punto Oriente, de espalda al punto por donde sale el sol. De esta manera, al mirar a la cruz durante las celebraciones, el cantador ceremonial (*wicrá'ame*) y la comunidad entera dirigen su mirada hacia el Este, hacia la casa del Sol.



Medios espirituales de comunicación

 Los rarámuri establecen una comunicación frecuente y permanente con la naturaleza, con sus antepasados y con sus dioses. La danza es una manera de hacerlo pero hay otras.

El tabaco (*makuchi*) es muy apreciado entre los rarámuri, no hay fiesta sin tabaco. Esto es así porque el humo permite a las personas entrar en contacto con los seres espirituales.

Otro medio de comunicación entre personas y dioses, entre personas y elementos de la naturaleza, entre personas y antepasados, es el tesgüino (*batari*), bebida hecha en las casas con maíz fermentado que abre las conciencias de los que celebran para que, así, logren establecer contactos. Dicen los rarámuri que el tesgüino gusta por igual a vivos, muertos y dioses. Sólo las niñas y los niños no lo pueden beber, tienen que esperar hasta ser grandes.



El peyote, que se consume con mucho más cuidado que el tesgüino, es otro medio de comunicación ceremonial que usan los rarámuri.

La poesía y la recitación de discursos son comunes entre los rarámuri y son altamente estimadas. Hay muchos poetas que producen versos de manera casi cotidiana en los que hablan de ellos mismos y de su relación con los muchos y sutiles elementos de la naturaleza que los rodea. Como parte de su ser social, de su ser ciudadano, los rarámuri, en las reuniones comunitarias o ceremoniales, dedican tiempos especiales a la poesía oral y a los consejos públicos que, bellamente dichos, ofrecen los más sabios.



LA MUERTE

La vida diaria rarámuri está iluminada por la idea de la inmortalidad. Nadie pierde la esperanza de encontrar otra vida más allá de la muerte.

El país de los muertos existe como un opuesto al país de los vivos. Allá, el día es la noche, si en la tierra de los vivos hace calor, en la de los muertos hace frío, si en un lugar es verano en el otro es invierno, si llueve en un sitio en el otro hay sequía. Los muertos, allá en su país, siembran sus tierras en invierno, para cosechar en marzo.

Por eso en las fiestas que los vivos dedican a los muertos se hace todo al revés: en las danzas se gira hacia la izquierda en lugar de dar el tradicional giro a la derecha, o se saluda y se sirve el tescüino con la mano izquierda, por ejemplo.



Cuando una persona muere, su alma vaga en las noches, en medio de los sueños de los vivos que duermen. No quieren irse las almas, les gusta quedarse en este mundo porque ya lo conocen.

Algunas veces tienen miedo de irse al nuevo mundo que les corresponde. Por eso, los sacerdotes rarámuri, algunas veces necesitan realizar ceremonias especiales para estimular a estas almas, para asegurarles que pueden irse al otro mundo sin correr peligro alguno.

Cuando el alma de un pariente insiste en quedarse y no se va, puede ocasionar la muerte del pariente que lo sueña porque el alma misma del vivo puede salirse del cuerpo movida por el deseo de acompañar al alma del muerto. Los muertos, antes de irse, vagan buscando compañía, no quieren irse solos.

Es natural que, por un tiempo, las almas de los muertos no se vayan. Es normal que anden por el monte porque tienen una tarea que cumplir antes de irse: tienen que recoger los pedazos de sus propios cuerpos que, como vivos, perdieron a lo largo de los años cuando se hicieron algunas heridas o cuando



sufrieron accidentes. Estas almas que buscan pedazos de sus cuerpos se oyen en las noches rondando, pero no se ven.

Lo más normal es que, después de tres días de andar por aquí y por allá, en el caso de los hombres, y después de cuatro, en el caso de las mujeres, los muertos decidan por fin irse al mundo que les corresponde. Entonces, van a sus casas por comida que sus parientes ya les tienen preparada. Para darles esta comida de viaje, las familias celebran una fiesta en la que nadie llora para que el muerto no sienta remordimiento al irse.

A lo largo de todo un año, las familias celebran algunas fiestas para alejar poco a poco a sus muertos. Luego, cuando el difunto cumple un año de muerto, se celebra una fiesta definitiva para despedirlo formalmente. Esta fiesta, como otras fiestas rarámuri, tiene como elemento central la danza y las ofrendas de comida y tescüino que se hacen a las cruces de los cerros, a las cruces de los patios, a los puntos cardinales y al suelo mismo, a la Tierra Madre. Finalmente, el muerto entra ya, por fin y para siempre, en su nuevo mundo.



MÉDICOS TRADICIONALES

Los médicos tradicionales (*owuirúame*, *oorúgame* o *selínowa*) son los encargados de restablecer equilibrios rotos tanto en el cuerpo de las personas, como en el cuerpo del cosmos. Son personajes muy respetados, más respetados que los mismos gobernadores o las personas con poder económico. Se les teme y se les quiere al mismo tiempo porque su poder es grande, son indispensables en todas las ceremonias tradicionales. Ellos son los encargados de defender el orden tradicional, las costumbres y los principios del pueblo rarámuri.

El privilegio de ser médico tradicional se hereda de padres a hijos y tanto las mujeres como los hombres pueden heredarlo.



* LA VIDA DE LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS

 Como en muchas culturas indígenas originarias, las niñas y los niños necesitan ser presentados a los dioses cuando nacen, para que ellos los conozcan, distinguan sus rostros, los protejan y los llenen de bendiciones especiales que los acompañen por el resto de sus vidas.

La ceremonia del humo es una manera rarámuri de presentar a los recién nacidos ante los dioses y ante la naturaleza misma. Los familiares preparan una fogata en la que ponen ramas de *ráscatre* y hierbas de olor, para que se produzca un abundante humo fragante. Luego esperan y, al despuntar el día, precisamente cuando el Padre Sol asoma su rostro por el Oriente, las niñas y los niños



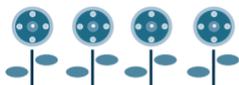
son pasados entre el humo, junto con las herramientas que usarán para trabajar cuando sean grandes. A los niños los pasan tres veces, a las niñas cuatro, una vez por cada una de las almas que tienen.



Desde muy pequeños, algunas veces desde los cinco o seis años, los familiares de niñas y niños les regalan chivas y borregos para que se hagan cargo de llevarlos al monte a pastar, de recoger su abono y de cuidarlos.

Algunas veces, cuando llevan a los animales a pastos lejanos, pasan días y semanas en el monte, corriendo por senderos secretos que sólo ellos conocen y jugando entre ellos el famoso juego de bola (*rarajipa*) que patean mientras corren si son niños, o el juego de los aros (*ariweta*) que lanzan las niñas por los caminos arrojándolos a la distancia.

Es notable ver cómo, con gran destreza, las niñas y los niños rarámuri encienden fuegos en el campo para alumbrarse y para calentarse.

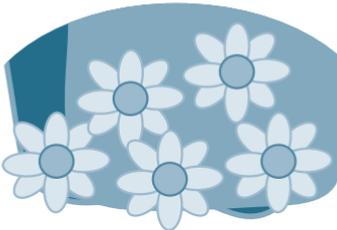




Una de las tareas principales de niñas y niños es cuidar los campos sembrados para que los animales no entren a comer plantas tiernas, frutas o granos. Necesitan ahuyentar a vacas, coyotes, mapaches o ardillas (saben hacer magníficas e ingeniosas trampas para cazar ardillas). Hay dos bandidos importantes, el cuervo y el martín pescador. A este par de intrusos es necesario ahuyentarlo con piedras. Los rarámuri son famosos y certeros lanzadores de piedras.



A las niñas y a los niños rarámuri los regañan muy poco. Los papás, las mamás, los tíos y los abuelos confían en que ellos son capaces de vivir una vida buena y de ser responsables desde muy pequeños. Saben que, como son seres del mundo, la naturaleza misma será la encargada de enseñarles las rutas correctas de la vida y de alejarlos del mal.

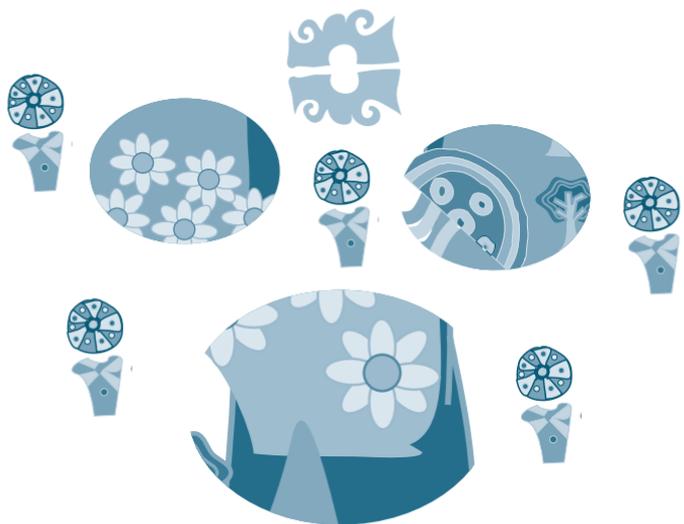


El tema central de la educación infantil rarámuri es la naturaleza. Los niños y niñas conocen muy bien los nombres de las



innumerables plantas y animales de su entorno, interpretan las señales del viento, huelen la humedad del aire, observan las aguas de los ríos para saber si está lloviendo en las montañas, o están atentos a la inquietud del ganado que siempre les avisa cuando algo fuera de lo normal está pasando.

Otro tema de aprendizaje es el baile tradicional que, como dijimos, permite a los rarámuri asentar la tierra, mantener al diluvio a raya, convocar a la lluvia, organizar las fuerzas del viento, realizar curaciones o despedir a los muertos.



FIESTAS TRADICIONALES

Como hemos dicho antes, los rarámuri contemporáneos al relacionarse con la religión católica, han hecho una construcción intercultural creativa que les permite conservar sus más preciados valores y, al mismo tiempo, convivir con las poblaciones mestizas que también pueblan la sierra.

Así, han hecho coincidir las fiestas católicas con sus propias celebraciones que festejan, por ejemplo, la llegada de las lluvias, el brote de la vida nueva, la cosecha, el triunfo del bien sobre el mal o el viaje de los muertos al otro mundo. Y no podemos olvidar las fiestas de curación.

La música, el tabaco y el tescüino son elementos importantes en las fiestas rarámuri porque alimentan a las almas (*arewá*) y las ponen contentas, porque unen a los vivos entre sí y porque unen a los vivos con los antepasados. Son importantes porque abren la mente para que



la naturaleza entre en ella. Entre los sones más famosos sobresalen la danza del Paskol, la danza del Matachín y la danza de las Mujeres. Los instrumentos más comunes son el violín, la guitarra, la sonaja (hecha con capullos secos de mariposa y arena), el tambor y la flauta.



Asociado a la música, el baile es otro elemento central. Como ya dijimos, afirma la tierra, permite la comunicación con los antepasados, mantiene a raya al diluvio, purifica y es una especie de oración continua y sostenida, que elevan desde la Tierra las personas y las comunidades enteras. Es común ver a una comunidad que baila por dos días enteros con sus dos noches, de manera casi ininterrumpida. Con su danza, esta comunidad está orando.



En las fiestas, otro elemento central es el gobernador, el sabio o el médico tradicional, según la fiesta de que se trate. Y, junto con ellos, tiene mucha importancia el discurso (*nawésari*) que

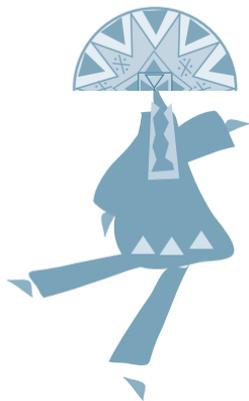
dicen estos personajes para dar consejos a las comunidades y también para recordarles lo que significa ser un buen rarámuri, con énfasis principal en el amor a la naturaleza y el kórima, que a todos une.



Y no podemos olvidar al teatro como elemento común a muchas celebraciones. Muchas fiestas rarámuri son auténticas representaciones teatrales en las que los actores se disfrazan de muy distintas maneras creativas. Un recurso especialmente atractivo es el de pintarse todo el cuerpo. Sobre una capa básica de pintura que con frecuencia es blanca, se pintan manchas y rayas para convertirse en leones de monte, tigres o venados. También usan disfraces y máscaras.



Por ejemplo, en una de las fiestas principales, se desarrolla una feroz lucha entre los representantes del diablo (*juríosi*) y los representantes de los dioses (*morokos*).



Estos últimos son los que siempre ganan y lanzan fuera de la comunidad a los demonios, después de tomarlos presos y castigarlos. Luego bailan para asegurar que los demonios se queden en el inframundo y no suban al mundo, porque traen muchos males, entre otros,



las enfermedades. Con esta fiesta se celebra la victoria de la armonía sobre el caos, es una fiesta en la que cada quien es puesto en el lugar que le corresponde.

Ya habíamos hablado de las fiestas de curación y de las que se celebran para dar alimentos a los muertos que están a punto de viajar al otro mundo, así como de las fiestas de despedida definitiva, que son muy importantes.

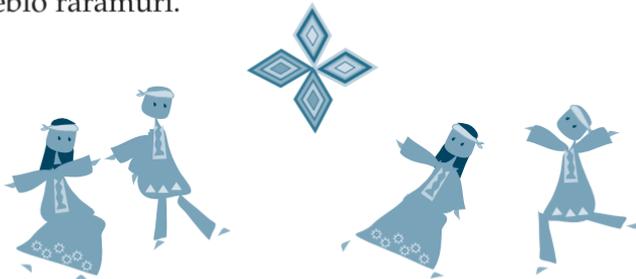


En general y con algunas excepciones, antes de empezar las fiestas, los sacerdotes o médicos tradicionales que coordinarán la celebración se van a lo más alto de los cerros, a pedir sabiduría y a ofrecer tesgüino y comida a los dioses y a los puntos cardinales. Luego bajan

y levantan una cruz (o más) en el patio ceremonial. A esta cruz le ponen un collar de chaqira y le ofrecen tesgüino. También le ofrecen piedras que, colocadas en la base de la cruz, la afianzan y la hacen más fuerte y poderosa. Entonces empiezan la música y el baile, y las representaciones teatrales.

Las fiestas representan una manera de cumplir con los antepasados y de mantener las tradiciones. La vida de la cultura rarámuri depende de las fiestas.

Cuando celebran sus fiestas, además de alegrarse porque están vivos y seguros, los rarámuri comprueban que no están solos, que están cerca de sus antepasados y de la naturaleza, que han sido capaces de mantener vivas su cultura y su lengua, que se necesitan unos a otros, que cuentan unos con otros y que, viviendo dispersos o alrededor de las iglesias, tienen lazos que los unen y les permiten formar un solo pueblo unido, el pueblo rarámuri.





Colofón

XXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXX

